

la abnegación hasta la completa abdicación de sus ideas. Desde el principio de la legislatura pusieron empeño en indicar bien sus preferencias. Abierto el escrutinio para la elección del presidente, obtuvo mayoría el Sr. Schneider, muy partidario de la política liberal; pero se encontraron en la urna veinticinco papeletas en blanco y cincuenta y tres disidentes: era la discreta protesta de la derecha. Observóse también que uno de los vicepresidentes fué Jerónimo David, uno de los miembros más importantes del partido ultraconservador. Ocho días después, habiendo sido violentamente atacado por Julio Ferry el sistema de la candidatura oficial, Forcade la Roquette subió á la tribuna para defender su administración, á los funcionarios del imperio y la causa del orden, que muy hábilmente no separó de la causa de la libertad. Este lenguaje fué saludado con aplausos muy significativos, y cuando el ministro hubo vuelto á su asiento, los miembros más fieles de la antigua mayoría fueron á felicitarle. El que así hablaba ¿había cuidado tan sólo de redactar honrosamente su testamento? ¿No preparaba, por el contrario, su vuelta á la escena? En esto circuló el rumor de un ministerio de la derecha con los señores Forcade, Jerónimo David y La Valette. ¡Cosa singular!, afirmábase que este ministerio formularía un programa muy liberal. Según el periódico *Le Français*, sería un ministerio de *autoritarios arrepentidos*. Es dudoso que el proyecto fuese seriamente agitado. Pero la derecha, que no ponía tan alto sus miras, abrigaba, sin embargo, una esperanza: creía que, mostrándose obediente, recogería el fruto de su subordinación, y que siguiendo al príncipe, lo retendría. Al principio, la había asustado mucho Emilio Ollivier; pero ya empezaba á acostumbrarse á él. Si el emperador quería absolutamente hacerlo ministro, ella lo acogería sin disfavor y hasta lo aplaudiría, pero con la segunda intención bastante refinada de soportarlo con las mayores ventajas posibles, de atraerlo á la larga al partido de los antiguos amigos del imperio y de absorberlo de esta manera.

Al revés de la derecha, que contaba 80 diputados, el centro izquierdo no se componía más que de 37 ó 38 miembros. Los más conocidos eran, como hemos dicho, Buffet, el conde Darú, el marqués de Andelarre y Plichón. La escasez de número era compensada por otras cosas. De todas las fracciones de la Cámara, esta era la más compacta, la más unida, la que encerraba, á proporción, mayor número de hombres distinguidos; la que tenía un programa más claro y definido. Este programa era, á poca diferencia, el del antiguo régimen parlamentario. Parecían monárquicos, pero confiados en las luces y el leal liberalismo del emperador, á quien pedían de buena fe la suma de garantías y franquicias que hubieran preferido pedir á la monarquía. En medio de la crisis ministerial que se atravesaba, los diputados de este grupo se aproximaban y alejaban alternativamente de Ollivier. Con frecuencia habían asociado sus esfuerzos á los de él, admiraban su elocuencia y no dudaban de su patriotismo. Pero entre ellos y él ¡qué divergencias! Ellos eran católicos: Emilio Ollivier, aunque muy accesible á las máximas cristianas, era ajeno á toda creencia confesional. Ellos eran proteccionistas: Emilio Ollivier era libremercantilista. Ellos habían deplorado la conducta del emperador en las cuestiones ita-

lianas y alemanas: Emilio Ollivier hubiera fundado gustoso su política en el principio de las nacionalidades. Además de estos desacuerdos generales, Buffet y sus amigos recelaban ligeramente de su brillante colega; temían que, seducido por el príncipe, se entregase demasiado completamente á él; temían su impetuosidad y sus entusiasmos. Este doble sentimiento de simpatía y de desconfianza había de dictar á los jefes del grupo su conducta. De la misma manera que Emilio Ollivier se negaba á *anexionarse* al antiguo personal imperial, se negaban ellos á *anexionarse* á Emilio Ollivier. Se unirían gustosos al antiguo diputado de la izquierda en una combinación ministerial, pero cuidando de no hacerse solidarios con él; procurarían marcar bien que debían, como él, su mandato al emperador; reconocerían en él, no un primer ministro, sino un portavoz. De este modo, si Ollivier y los miembros del centro izquierdo figuraban algún día juntos en los consejos del soberano, representarían en ellos dos fuerzas paralelas puestas con igual patriotismo al servicio del príncipe, pero que nada temerían tanto como absorberse una en otra.

De todos los grupos de la Cámara, el centro derecho era el más numeroso, pues contaba más de cien miembros: sus representantes más notables eran Segrís, Louvet, Mege y también Talhouët, que igualmente hubiera podido clasificarse entre los amigos de Buffet, por cuanto había firmado la enmienda de los 42. El programa aparente no se diferenciaba mucho de el del centro izquierdo. Pero las semejanzas no pasaban de ahí. El centro izquierdo era homogéneo, mientras que el centro derecho se componía de matices diversos. Este tenía su ala izquierda y su ala derecha, y había de servir de base á todas las combinaciones de Emilio Ollivier. Pero habiendo puesto su principal apoyo en esta fracción de la Cámara, ¿dónde buscaría las demás fuerzas que le pusiesen al abrigo de sorpresas y asegurasen su gobierno? ¿Las pediría al centro izquierdo? ¿Acudiría, por el contrario, á aquellos límites indecisos en que acababa el centro derecho y empezaba la derecha? Entre estas dos orientaciones, se inclinaba por cálculo hacia la segunda. No es que no contase con los miembros del centro izquierdo. Pero tenía que resultasen colegas poco maleables. Por otra parte, en este grupo tan distinguido, el número de *ministrables* sería mucho mayor que el de las carteras á repartir, con lo cual se corría el riesgo de que fuesen más los agraviados que los satisfechos. En fin, Napoleón, que en 1849 había tenido á Buffet por ministro, conservaba de él un recuerdo en que había más estimación que simpatía: la severa probidad de este personaje le chocaba un poco; el monarca temía su rigidez, su austeridad meticulosa, y, aunque no le gustaba ser halagado, temía serlo verdaderamente demasiado poco. Los pensamientos del soberano tenían por intérprete á Clemente Duvernois, quien en sus artículos del *Pueblo francés* se alzaba contra toda combinación que torciese más allá del centro derecho. Entre los antiguos signatarios de la enmienda de los 42 se habían notado estas tendencias. Por esto se observaba con alguna reserva la actitud de Emilio Ollivier. ¿Había de verse en éste al aliado del Sr. Buffet ó simplemente al amigo del Sr. Duvernois?

Mientras tanto, el emperador se acostumbraba poco

á poco á la idea de elevar á un puesto preponderante al que de pronto hubiera querido experimentar en un puesto secundario. Durante aquel mes de diciembre llegó al extremo de comunicar á Emilio Ollivier diversos documentos confidenciales, diversos informes de policía, como si ya, en su espíritu, lo hubiese convertido en su principal consejero. Habiendo dimitido el señor Forcade la Roquette y sus compañeros de gabinete, Napoleón confió á Ollivier el encargo de preparar la nueva combinación ministerial; y la misión no tardó en hacerse pública mediante una carta inserta en el *Diario oficial* y concebida en estos términos:

«Palacio de las Tullerías, 27 de diciembre de 1869.

»Señor Diputado:

»Habiéndome presentado su dimisión los ministros, acudo confiadamente á vuestro patriotismo para rogáros que me designéis las personas que puedan formar con vos un gabinete homogéneo, fiel representante de la mayoría del Cuerpo legislativo, y que estén resueltos á aplicar, así en su letra como en su espíritu, el senadoconsulto de 8 de septiembre.

»Cuento con la abnegación del Cuerpo legislativo por los grandes intereses del país, como con la vuestra, para ayudarme en la tarea que he emprendido de hacer funcionar con regularidad el régimen constitucional.

»No dudéis de mis sentimientos.

»NAPOLEÓN.»

La patente de confianza era sin reserva; ni el mismo Rouher había sido honrado jamás con tan alto favor. Mucho antes de que se publicase esta carta, Ollivier se había puesto en campaña en busca de colegas. El centro izquierdo había de ser el eje de sus combinaciones. Desde el principio se presintió el obstáculo: los jefes del centro derecho se consideraban como aliados á los jefes del centro izquierdo y no iban al poder sin ellos. Ollivier no se desanimó. En 26 de diciembre escribió al Sr. Talhouët: «Voy á ser llamado por el emperador y aceptará todo el que yo le proponga, á excepción de los miembros llamados del centro izquierdo.» Seguía una candidatura ministerial, que comprendía cuatro miembros del antiguo gabinete y los principales diputados del centro derecho. El Sr. Talhouët estaba destinado al ministerio de Negocios extranjeros. Emilio Ollivier se reservaba para la Justicia ó para el Interior. La carta continuaba en estos términos: «No ofreceré ningún puesto á nadie antes de haber recibido vuestra contestación. Si rehusáis, Segrís, Louvet y Mege rehusarán. La composición del ministerio depende de vos. Si no hay ministerio, el emperador no tiene más recurso que tomar un ministerio de la derecha, y tal vez á Rouher. Ved si queréis aceptar semejante responsabilidad ante el emperador y ante el país.» Ollivier añadía: «Si Darú ó Buffet hubiesen sido posibles, yo me hubiera alegrado mucho. He hecho todo lo que he podido para obtenerlos... Pero en este momento una insistencia más prolongada de mi parte tendría consecuencias tan deplorables como vuestra negativa. Pero lo que ahora no es posible quizá lo sea más adelante... Reflexionadlo bien, mi querido amigo, y quiera Dios que vuestra contestación sea tal como la deseo (1).»

(1) Carta comunicada por la familia del señor marqués de Talhouët.

El tono insistente de esta carta deja traslucir el vivo temor de una negativa. Las resistencias fueron enérgicas, invencibles. El Sr. de Talhouët y con él el Sr. de Segrís rechazaron toda combinación de la cual Buffet y Darú fueron excluidos. No se dejaron vencer ni por los argumentos de Ollivier ni por los del mismo Buffet, que intervino generosamente y procuró descargar de todo escrúpulo á sus amigos del centro derecho. Con la esperanza de facilitar la solución, ofrecióse una cartera á Buffet: pero éste, á su vez, estipuló que se haría igual ofrecimiento á Darú. De modo que el hombre encargado por el emperador de formar el gabinete tropezaba con una verdadera coalición. Los jefes del centro derecho se declaraban solidarios de los jefes del centro izquierdo. Y no era esto todo. Los jefes del centro izquierdo, señores Darú y Buffet, se declaraban á su vez solidarios uno de otro.

Entonces Emilio Ollivier concibió una idea atrevida, la de desorientar las exigencias de sus aliados y prescindir de los que tan caro vendían su concurso. Uno de los miembros más considerables del antiguo gabinete era Magne. Era uno de los primeros personajes del imperio y uno de los hombres que, no habiéndose comprometido á fondo en ninguna política, eran posibles en todas circunstancias. Ollivier con su admirable elocuencia y Magne con su lucidez de espíritu y su consumada experiencia comunicarían al gabinete en que entrasen bastante prestigio para que las demás carteras pudiesen distribuirse á personalidades menos notables, tomadas del antiguo ministerio ó del centro derecho. El antiguo diputado de la izquierda avistóse con Magne, á quien había incluido ya en algunas de sus listas, y se concertó con él. Habíase asegurado de antemano el concurso del Sr. Chevandier de Valdrôme, miembro del Cuerpo legislativo, que era fiel amigo suyo y le seguía invariablemente. Las carteras de Guerra y Marina se dejarían en manos de los que las desempeñaban, y no había de ser difícil proveer la de Comunicaciones. De esta manera se probaba á los *importantes* de ambos centros que no eran indispensables. Pero Clemente Duvernois deseaba con ardor entrar oficialmente en los consejos del soberano. Emilio Ollivier creyó la ocasión favorable para abrir paso á su amigo. Esta proposición suscitó el primer disenso. Al nombre de dicho joven, Magne protestó. Le juzgaba hombre de incontestable talento, pero de reputación muy equívoca y de adhesión muy reciente. Sometida la cuestión al emperador, el soberano no pudo contener una exclamación que revelaba cierto desdén por el que creían su favorito, y añadió con razón: «Todo el mundo sabe que Clemente Duvernois recibe y traduce mis inspiraciones; eligiéndolo por colega debilitaríais la opinión que el público debe tener de vuestra independencia.» A este primer desacuerdo se añadieron otras causas de desconfianza. Ollivier creyó tener la prueba de que Magne negociaba aparte de él, y Magne supo á su vez que se reanudaban gestiones con los jefes de los grupos parlamentarios. En cuanto á Clemente Duvernois, sabedor de las objeciones suscitadas por su candidatura, declaró que no entraría en ningún ministerio del que Magne formase parte. En fin, todo lo que en 31 de diciembre parecía concluido se halló deshecho al día siguiente.

A Emilio Ollivier no le quedaba más remedio que

volver á gestionar con sus colegas del Congreso legislativo y aceptar la inteligencia de los jefes del centro derecho y del centro izquierdo. Y esto hizo gustoso, con el pleno asentimiento del emperador, que en toda esta crisis se mostró tan correcto y conciliador como no lo estuvo jamás ningún monarca constitucional. El 2 de enero de 1870 firmáronse los decretos. Al día siguiente el *Diario oficial* publicó los nombres de los nuevos ministros. Ollivier se encargaba del departamento de la Justicia. Los dos jefes del centro izquierdo, Darú y Buffet, entraban respectivamente en los Negocios extranjeros y en Hacienda. Los ministerios del Interior, de Instrucción, de Obras públicas, de Comercio y de Bellas Artes eran confiados respectivamente á los señores Chevandier de Valdrôme, Segris, Talhouët, Louvet y Mauricio Richard. El Sr. de Parieu era llamado á la presidencia del Consejo de Estado. Las carteras de

Guerra y Marina continuaban en manos de sus antiguos titulares, el general Lebœuf, sucesor del mariscal Niel, y el almirante Rigault de Genouilly.

Aunque algo absorbido por las fiestas, cuidados y ocupaciones de principios de año, el público había seguido con una atención llena de curiosidad las peripecias de la crisis ministerial. Los nuevos ministros pasaban por hombres honrados, de integridad perfecta, de inteligencia clara, y no cabía duda que serían leales servidores lo mismo para el príncipe que para el país. Además representarían en el gobierno del emperador un elemento nuevo, y todo lo nuevo despierta la idea de la esperanza. Por esto el acto imperial fué muy bien recibido. Y así empezó, bajo los tranquilos auspicios de la paz y de la libertad, aquel año de 1870 que había de ser el último del imperio y el más trágico de la historia de Francia.

LIBRO TRIGÉSIMOSEXTO

EL MINISTERIO DEL 2 DE ENERO

SUMARIO: I.—Acogida favorable que se dispensa al nuevo ministerio: el Sr. Ollivier y sus colegas.—Declaraciones del Sr. Daru en el Senado (7 de enero de 1870); el ministerio de las *personas honradas*.—Primeros actos del nuevo gabinete.—Irritación y despecho de los *irreconciliables*.—Pretexto imprevisto de agitación que de pronto se les ofrece.

II.—El príncipe Pedro Bonaparte: su origen y su pasado.—En qué contienda toma parte: doble duelo en perspectiva.—Ulrico de Fonvielle y Víctor Noir en casa del príncipe.—Muerte trágica de Víctor Noir.—Primeras medidas adoptadas por el gobierno.—Rocheport: artículo que publica en *La Marseillaise*.—Sesión parlamentaria de 11 de enero: declaración de Emilio Ollivier: demanda de autorización para procesar á Rocheport.—La noche del 11 de enero: las reuniones públicas: conciliábulos.—El entierro (12 de enero): concurrencia inmensa; disintimiento que surge entre los jefes de la demagogia: cómo termina el día sin que se turbe la paz pública.

III.—Cómo se atenúa la impresión muy profunda causada por el suceso de Auteuil.—El ministerio del 2 de enero: su carácter; fusión de los partidos; confianza y esperanza casi universales.—Medidas liberales adoptadas por los nuevos ministros.—Creación de grandes comisiones.—El partido revolucionario: sus manejos: se vota el procesamiento de Rocheport: aniversario del 21 de enero: huelga del Creusot, y cómo se apacigua para reproducirse muy pronto: detención de Rocheport (7 de febrero); tentativas de motín: el obrero mecánico Megy.—Cómo Emilio Ollivier no se detiene en la senda liberal.—Proyectos de reformas.—Testimonios de adhesión que recibe el gobierno, aun de aquellos que hasta entonces fueron sus adversarios.

I

Para la generación presente, el año 1870 es un año de duelo y nadie imagina que pudieran brillar durante el mismo algunos rayos de luz en medio de tantas tinieblas; y sin embargo esta impresión, excesivamente generalizada, no responde á la realidad de los hechos. En aquellos tiempos trágicos nada faltó, ni siquiera aquellas alegrías engañosas que habían de hacer más cruel la transición repentina de la confianza á la angustia: lo que había de terminar en medio de sangre y lágrimas, comenzó con una radiante esperanza, y el Imperio, algo envejecido, nunca pareció tan próximo á rejuvenecerse como en el momento en que todo se preparaba, en los designios de Dios, para la suprema catástrofe.

Ya hemos relatado la formación del ministerio del 2 de enero; pero lo que no se hará notar nunca bastante es el asentimiento casi unánime con que fué acogido el acto gubernamental y que pareció una nueva consagración para la monarquía.

El país, sintiendo renacer la confianza, se volvía nuevamente hacia el emperador, alabando su noble desprendimiento, admirando el magnánimo atrevimiento con que había buscado á antiguos adversarios y los había admitido en sus consejos, y conmoviéndose ante la generosa iniciativa que aspiraba á fundir todos los partidos en un gran partido nacional. Y este juicio fué no sólo el de Francia, sino el de Europa. Hasta entonces Napoleón había garantizado el orden; si del mismo modo aseguraba la libertad, ¿qué buen ciudadano le negaría su concurso? Lo que era desinteresado parecía también prudencia; ya que el emperador, al restringir sus propias atribuciones, aligeraba la carga que un día llevaría su hijo, y al borrar las huellas de las antiguas discor-

dias, consolidaba el trono, facilitaba la transmisión hereditaria y despojaba al poder imperial de su aspecto de fundación poderosa, pero vitalicio.

Muchos de los ministros eran poco conocidos del público y lo que de ellos se supo en los días siguientes fortaleció el sentimiento general de benevolencia y aprobación. El país en su inmensa mayoría quería ante todo la paz, y el Sr. conde Daru, á quien se había confiado la cartera de Negocios extranjeros, se distinguía por la autoridad de su carácter, por la madurez de su juicio y por su prudencia. Por su origen procedía de la época imperial; por sus relaciones estaba unido á los partidos monárquicos; pero nadie habría puesto en duda su entera independencia. De carácter reservado, de lealtad irreprochable, sabría desorientar las preguntas indiscretas, desconcertaría la doblez y no ofrecería la menor presa á quien quisiera envolverle. Su talento positivo, más sensato que vasto, le apartaría de toda iniciativa imprudente, y podía tenerse la seguridad de que no expondría en ninguna aventura la suerte algo vacilante de Francia.

Después de la paz, el principal deseo de la nación era la buena administración de la Hacienda pública: el Sr. Buffet, encargado del ministerio de Hacienda, no sólo era íntegro, sino que personificaba la integridad, y en la Cámara, en donde había tomado parte activa en las discusiones de los presupuestos, se le había visto defender con obstinada pasión y á menudo con elocuencia la causa de la economía. Las mismas máximas que había proclamado como diputado había de observarlas como ministro, mostrándose ahorrador hasta el escrupulo de los recursos nacionales; y esta severa rectitud, que no debía tolerar ni la sombra de un abuso, sería la imagen fiel de la austeridad de su vida.